

Casa de Soles

Alastair Reynolds

Traducción:
Álvaro Sánchez-Elvira Carrillo



Libros publicados de Alastair Reynolds

1. Casa de Soles

ESPACIO REVELACIÓN

1. Espacio Revelación
2. Ciudad Abismo
3. El arca de la redención
4. El desfiladero de la absolución
5. El prefecto

Título original: *House of Suns*
Primera edición

© 2008, Alastair Reynolds

Ilustración de cubierta: Chris Moore

Derechos exclusivos de la edición en español:

© 2011, La Factoría de Ideas. C/Pico Mulhacén, 24-26. Pol. Industrial «El Alquitón».
28500 Arganda del Rey. Madrid. Teléfono: 91 870 45 85

informacion@lafactoriadeideas.es
www.lafactoriadeideas.es

ISBN: 978-84-9800-720-6 Depósito legal: B-34794-2011

Impreso por Blackprint CPI

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar, escanear o hacer copias digitales de algún fragmento de esta obra. 11

Con mucho gusto te remitiremos información periódica y detallada sobre nuestras publicaciones, planes editoriales, etc. Por favor, envía una carta a «La Factoría de Ideas», C/ Pico Mulhacén, 24, Polígono Industrial El Alquitón 28500, Arganda del Rey, Madrid; o un correo electrónico a **informacion@lafactoriadeideas.es**, que indique claramente:

INFORMACIÓN DE LA FACTORÍA DE IDEAS

Para Tracy y Grace:
mis hermanas,
con amor

Primera parte

Nací en una casa con un millón de habitaciones, construida en un pequeño mundo sin oxígeno en el límite de un imperio de luces y comercio que los adultos llamaban la Hora Dorada por motivos que no acertaba a comprender.

Era una niña entonces, un solo individuo, y me llamaba Abigail Gentian.

Durante los treinta años que duró mi infancia, apenas vi una pequeña fracción de esa gigantesca, eternamente cambiante mansión. Incluso cuando crecí y me gané el derecho de ir donde quisiera, no creo que llegara a explorar siquiera una centésima parte. Me intimidaban los largos e imponentes pasillos de espejos y cristales; las escaleras de caracol que salían desde las oscuras bodegas y criptas a las cuales jamás acudían los adultos; las salas y cámaras que, supuestamente, y aunque los adultos nunca hablaban de ello en mi presencia, estaban malditas, o al menos no daban la bienvenida a nada que no fueran estancias temporales. Los ascensores y montacargas me asustaban cuando se activaban sin haber recibido en apariencia orden alguna, como si obedecieran los caprichos insondables de una especie de ente que gobernaba la mansión en su totalidad. Era una mansión de fantasmas y de monstruos; en las sombras se escondían espíritus, y tras los paneles entablados acechaban demonios.

Tenía un amigo, aunque ahora no soy capaz de recordar su nombre. Solía venir de cuando en cuando, pero sus visitas eran siempre muy cortas. Se me permitía contemplar la aproximación y el aterrizaje de su lanzadera privada desde una buhardilla acristalada y abovedada situada en lo más alto de la mansión, debidamente protegida del irrespirable exterior. Me encantaba que madame Kleinfelter me dejara subir a la buhardilla, y no solo porque eso implicaba que nos iba a hacer una visita mi único verdadero amigo. Desde allí podía ver toda la mansión y gran parte del mundo en el que estaba construida. La casa se curvaba en todas direcciones, hasta que se perdía en el puntiagudo horizonte del planeta; allí, un delgado cinto de rocas señalaba los límites de mi hogar.

Era un edificio extraño, aunque durante mucho tiempo no tuve nada con que compararlo. No parecía tener un diseño definido, no había simetría ni armonía en su estructura o, si las había tenido alguna vez, ese orden subyacente se había perdido bajo incontables alteraciones y añadidos, un trabajo que continuaba aún. Aunque el planeta no tenía atmósfera, y por tanto no existía clima como tal, la casa se había diseñado como si perteneciera a un mundo en el que lloviera y nevase. Todas las partes visibles de la

mansión, cada ala y cada torre, había sido coronada por un tejado inclinado de tejas azules. Había miles de techos que se unían entre sí en extraños y perturbadores ángulos. Las chimeneas y las torretas, los miradores y los relojes de las torres puntuaban el accidentado tejado, semejante al lomo de un dinosaurio. Algunas partes de la casa eran de solo uno o dos pisos de alto; otras, en cambio, tenían más de veinte, y se elevaban como montañas a partir de los valles de las estructuras circundantes. Puentes acristalados unían las torres y allí, de cuando en cuando, podía verse una solitaria silueta más allá de las troneras iluminadas. No era tanto una casa como una ciudad, y podías recorrerla de un extremo a otro sin salir nunca al exterior.

Más adelante conocería el motivo por el que mi casa había sido construida de esa manera, el motivo por el que los trabajos de construcción nunca cesaban; pero cuando era una niña lo aceptaba tal cual sin hacer preguntas. Sabía que la casa era distinta de otras que había visto en libros y cubos de relatos, pero lo cierto era que nada de lo que veía allí se asemejaba en absoluto a mi vida. Incluso antes de que aprendiera a leer, supe que había ricos, y desde muy joven me hicieron saber que había apenas cinco familias cuya riqueza podía compararse a la nuestra.

—Eres una muchacha muy especial, Abigail Gentian —me dijo mi madre en una de las muchas ocasiones en que su rostro sempiterno me hablaba desde uno de los paneles de la mansión—. Vas a hacer grandes cosas.

No tenía ni idea de hasta qué punto.

No tardé mucho en comprender que mi amigo también debía de formar parte de una familia rica. Venía en su propia nave, no en una de las naves de pasajeros que de cuando en cuando transportaban a mortales menos afortunados a nuestro planeta. Solía contemplar su llegada, procedente de lo más profundo del espacio, y veía cómo frenaba emitiendo una llama de cobalto antes de detenerse sobre las alas exteriores de la mansión y hacer una pirueta que la colocaba en posición de aterrizaje, momento en que salían las esqueléticas patas y la nave descendía con elegante precisión sobre el lugar designado, marcado con una flor negra de cinco pétalos, el emblema de nuestra familia; el emblema de la familia de mi amigo era un par de engranajes entrecruzados, el símbolo que estaba plasmado en el casco rebordeado y elegante de la nave.

Cuando el motor se apagaba podía al fin bajar a toda prisa las escaleras de caracol de la torre. La niñera clon que estuviese a mi cargo ese día me llevaba a uno de los ascensores y subíamos, bajábamos y nos desplazábamos horizontalmente hasta llegar al ala de aterrizaje. Por lo general llegábamos allí en el mismo instante en que el niño salía de la nave caminando con pasos vacilantes por la larga rampa, acompañado por dos robots.

Los robots me asustaban. Eran enormes, monstruos de plata gastada con cabeza, torso y brazos, pero con una solitaria y enorme rueda en lugar de las piernas. Sus rostros eran una única línea vertical, como una flecha clavada en el muro de un castillo, en el mismo centro de un temible cráneo en forma de cuña. Sus brazos estaban divididos en varias partes y terminaban en manos de tres garras que no servían para nada más que para romper huesos y carne. En mi imaginación, los robots tenían prisionero al niño cuando no estaba visitándome, y le hacían cosas horribles, tan horribles que ni siquiera podía hablarle de ellas cuando estábamos a solas. Solo cuando fui mayor comprendí que eran sus guardaespaldas, que bajo la tenue estructura de sus mentes anidaba algo peligrosamente parecido al amor.

Los robots llegaban únicamente hasta el límite de la rampa, y nunca pisaban el suelo de madera. El niño vacilaba y después bajaba de la rampa, golpeando con sus brillantes

zapatos negros la madera barnizada. Su ropa era negra, a excepción de los puños de la camisa y un amplio cuello de encaje de color blanco. Llevaba una pequeña mochila, y el pelo negro peinado hacia atrás con una laca de fuerte olor. Su rostro era pálido y algo regordete, y sus ojos redondos y oscuros no parecían ser de ningún color determinado.

—Tus ojos son raros —me decía siempre—. Uno azul y otro verde. ¿Por qué no te los arreglaron cuando naciste?

Los robots giraban entonces sobre sus cinturas y se encaminaban de nuevo hacia la lanzadera, donde esperarían hasta que fuera el momento de que su amo marchara.

—Es difícil andar por aquí —solía decir, mientras caminaba con vacilantes zancadas—. Todo está muy duro.

—A mí me parece normal —decía yo.

Pasó algún tiempo antes de que comprendiera que el niño venía de un lugar en la Hora Dorada donde la gravedad local había sido establecida a un valor de la mitad del valor estándar, lo que hacía que le resultase difícil caminar cuando visitaba el planetoides.

—Papá dice que es peligroso —dijo el niño mientras nos dirigíamos hacia la sala de juegos, con dos niñas siguiéndonos.

—¿Qué es peligroso?

—La cosa dentro de tu mundo. ¿Es que nadie te lo ha dicho?

—No hay nada dentro del mundo más que roca. Lo sé, lo vi en el cubo de relatos, después de que me dijeras que había serpientes viviendo debajo de la casa.

—El cubo te mintió. Lo hacen cuando creen que tienen que protegerte de la verdad.

—No mienten.

—Entonces, pregúntale a tus padres por el agujero negro. Está debajo de tu casa ahora mismo.

Debía de saber que mi padre había muerto y que solo podía preguntarle algo a mi madre cuando su rostro aparecía en uno de los paneles.

—¿Qué es un agujero negro?

El niño reflexionó por unos instantes.

—Es una especie de monstruo. Como una enorme araña negra, que cuelga de una tela invisible. Atrapa cualquier cosa que se acerca demasiado a ella, la muerde y después la devora viva. Y hay uno enorme debajo de tu casa.

—¿Y qué pasa con las serpientes? ¿Se las comió? —dije, creyéndome muy lista.

—Te mentí sobre las serpientes —dijo el niño despreocupadamente—. Pero esto es real. Pregúntale al cubo sobre los agujeros negros si no me crees. Tu familia puso uno bajo la casa para que todo fuera más pesado. Si no estuviera, ahora estaríamos flotando.

—¿Cómo puede hacer una araña que las cosas sean más pesadas?

—He dicho que es como una araña, no que sea realmente una. —Me miró con lástima—. Es una boca hambrienta que nunca se llena. Por eso lo atrae todo hacia ella y nos hace sentir más pesados. Pero también por eso es peligrosa.

—¿Porque lo ha dicho tu padre?

—No solo él. El cubo de relatos te lo contará todo, si le haces las preguntas adecuadas. No puedes preguntarle directamente, tienes que ir poco a poco, como un gato que persigue un ratón. Entonces podrás engañarlo para que te cuente cosas que no debería contarte. Un agujero negro se tragó todo un planetoides una vez, uno más grande que este. Se tragó el planetoides y a todos los que vivían en él. Todos cayeron por el desagüe, como el agua después de un baño. Glu, glu, glu.

—Eso no pasará aquí.

—Si tú lo dices.

—De todos modos no te creo. Si me mentiste sobre las serpientes, ¿por qué debería creerte ahora?

De inmediato la malicia de su rostro se desvaneció. Sentí como si mi amigo acabara de llegar, como si el muchacho bromista que había conocido hasta entonces hubiera sido tan solo un impostor.

—¿Tienes algún juguete nuevo, Abigail?

—Siempre tengo juguetes nuevos.

—Algo especial, quiero decir.

—Hay una cosa —dije—. Tenía ganas de enseñártela. Es como una casa de muñecas.

—Las casas de muñecas son para niñas.

Me encogí de hombros.

—Entonces no te la enseño. —Rememorando las palabras que acababa de decirme, anuncié—: He dicho que es como una casa de muñecas, no que lo sea de verdad. Se llama Palacial. Es como un castillo que puedes controlar, con su propio imperio. Es una lástima, creo que te habría gustado. Pero podemos jugar a otras cosas. Podemos jugar en el laberinto, o en la sala de vuelos.

Yo también podía ser manipuladora, y comenzaba a comprender cómo funcionaba la mente de mi amigo. Sabía, por ejemplo, que fingiría indiferencia durante al menos parte de la tarde, aunque su curiosidad por ver la casa de muñecas estaría consumiéndolo. Y su curiosidad estaba fundada, porque la casa de muñecas era el juguete que más ganas tenía de enseñarle.

Mientras las niñas nos seguían, llevé al niño a la sala de juegos. En la penumbra de la estancia rebusqué entre cajas y desempaqueté algunas de las cosas con las que habíamos jugado durante su última visita. Él se quitó la mochila, la abrió y sacó algunos de sus juguetes favoritos. Había algunas cosas que recordaba de la última vez que nos vimos: un dragón con escamas en las alas que volaba por toda la habitación escupiendo fuego rosa antes de aterrizar en el brazo de mi amigo y rodearlo varias veces con su cola, y un soldado que se escondía cuando cerrábamos los ojos, y que habíamos tardado varias horas en encontrar la última vez. Había canicas, pequeñas bolitas de cristal con manchas de colores en su interior, que rodaban por el suelo y se organizaban en formas y dibujos de acuerdo a las órdenes recibidas, o que se disponían en formas que teníamos que adivinar antes de que hubiesen terminado. Había un tablero de puzzles y una preciosa bailarina mecánica que era capaz de bailar sobre cualquier cosa, incluso sobre la punta de un dedo.

Jugamos con esas cosas y al cabo de un tiempo las niñas nos trajeron limonada y galletas en un carrito con ruedas. En algún punto de la casa repicaba un reloj de pie.

—Quiero ver la casa de muñecas —dijo el niño.

—Pensaba que no querías verla.

—Sí quiero. De verdad.

De modo que le enseñé Palacial. Lo llevé a la sala dentro de otra sala donde estaba y, aunque le mostré apenas una fracción de sus posibilidades, quedó fascinado, y supe incluso entonces que estaba celoso, y que la primera cosa que querría ver en su próxima visita sería Palacial.

Era la primera vez que sentía que lo tenía en mi poder. Y decidí que me gustaba mucho esa sensación.

Alcé mi copa de vino, ya embriagado por el paisaje antes siquiera de que una sola gota hubiera tocado mis labios.

—Por la seguridad futura de su civilización y de su sistema solar, señor Nebuly.

—Por su civilización —brindó Purslane desde el otro extremo de la mesa.

—Gracias —dijo el señor Nebuly.

Estábamos sentados en la playa, disfrutando del vino en una agradable noche. Las noches en el mundo de los Centauros no eran como en la mayoría de los planetas. Dado que el mundo orbitaba una estrella de intensa radiación ultravioleta, los Paisajistas habían rodeado la atmósfera con una burbuja protectora, un escudo transparente que los Centauros toleraban, al contrario que la coraza blindada que habría sido necesaria si la Casa de Polillas hubiera trasladado el sistema solar. De día la burbuja servía únicamente para bloquear los rayos y atenuar un tanto el brillo azul. De noche amplificaba la estrella o la nube de gas más tenue hasta que los matices eran lo bastante intensos como para activar los receptores de colores del ojo humano. La Vía Láctea era una luminosa espina dorsal de muchas vértebras que describía un arco de horizonte a horizonte. Se veían los restos de una estrella supernova cercana, de un rojo rubí que se oscurecía en sus bordes grumosos. El púlsar que anidaba en su seno era un faro parpadeante. Un cúmulo abierto de estrellas azules, a apenas unos cientos de años luz de distancia, se extendía como un puñado de gemas eléctricas. Las estrellas enanas situadas a unos pocos años luz de este sistema eran de color ámbar o dorado, y parecían prometer vida, refugio y la estabilidad de diez mil millones de años que proporcionaba un ciclo de fusión lento. Incluso la Ausencia era visible: una mancha, del tamaño de un dedo, de oscuridad desprovista de estrellas y de galaxias, allí donde solía estar Andrómeda.

El cielo era hermoso, voluptuoso como una visión inducida por las drogas, pero hubiera preferido no tener que pensar en la Ausencia. Hacerlo me recordó mi promesa al doctor Meninx, la promesa que hasta el momento no había sido capaz de mantener y que ahora pendía del más delgado de los hilos.

Mi única esperanza era que los Centauros aceptaran la oferta.

—¿Y está totalmente seguro de que la presa estelar no nos dará ningún motivo de preocupación en el futuro, shatterling Champion? —preguntó la criatura de cuatro patas que se sentaba a nuestra mesa.

—Puede estar tranquilo, señor Nebuly. Su civilización está a salvo de nuevo.

—En realidad nunca estuvo en un gran peligro —dijo Purslane, agitando el vino de su copa—. Que eso quede muy claro.

Sonreí.

—Una presa estelar con fugas no es cosa de risa, pero la falla ha sido reparada. Nosotros la instalamos y nosotros la repararemos si algo va mal. Así es como hacemos las cosas en el clan Gentian.

—Tienen que comprender que estemos preocupados. Cuando nos presentaron el resto de opciones para la supervivencia, nos aseguraron que reparar la presa estelar era la que menos riesgo implicaba de todas.

—Y así es —dije.

Hace un millón y medio de años, una estrella supermasiva a once años luz del mundo de los Centauros comenzó a mostrar signos de inestabilidad. Los Renovadores trataron de bombear materia del núcleo de la estrella por medio de espitas de agujeros de gusano, pero las feroces densidades y temperaturas amenazaron los dispositivos estabilizadores que mantenían abiertos los agujeros de gusano. La intervención de los Paisajistas no pudo salvar la biosfera de los Centauros. Eso les dejaba tan solo dos opciones, aparte de la evacuación del sistema. En el clan Mellicta, la Casa de Polillas, eran expertos en el movimiento de las estrellas. Se ofrecieron a reubicar la estrella o el sistema, y prometieron realizar una de esas dos cosas gratis siempre que recibieran derechos comerciales exclusivos con los Centauros durante los próximos dos millones de años. Ninguna de las dos opciones estaba exenta de riesgo. Para desplazar la estrella era necesario sacarla del disco galáctico antes de que tuviera oportunidad de explotar, pero el desplazamiento había provocado en el pasado detonaciones prematuras. Y aunque podía trasladarse el sistema de los Centauros, su planeta tendría que ser encapsulado para protegerlo de la radiación interestelar y la basura espacial durante el tiempo que les llevara hacer el viaje. Los Centauros consideraban este punto inaceptable, puesto que eran tremendamente claustrofóbicos.

Fue entonces cuando el clan Gentian, la Casa de Flores, entabló amistad con los Centauros. Buscábamos ganar prestigio en la Ciudadanía, y les ofrecimos la posibilidad de que se quedaran donde estaban y al mismo tiempo recibir protección de la estrella que les amenazaba. Se erigiría una presa estelar alrededor del supergigante astro. Cuando la estrella estallara, sus energías quedarían contenidas tras la presa, atrapadas para siempre en una pantalla de espejos perfectos.

Los Centauros, naturalmente, recibieron esta posibilidad con escepticismo. Sin embargo, el clan Gentian ya tenía alguna experiencia en ese campo. Si había algo en lo que fuésemos expertos dentro de la Ciudadanía, era sin duda en las presas estelares. Llevábamos docenas de circuitos haciéndolas, millones de años.

En el momento en que se llevaron a cabo las negociaciones con los Centauros, ni una sola presa construida por el clan Gentian se había colapsado.

No podíamos arrogarnos todo el crédito por ello, desde luego. Nosotros construimos las presas, pero en realidad lo único que hicimos fue ensamblar los componentes ya construidos que dejaron atrás los Piores. Ellos hicieron todo el trabajo. Forjaron millones de mundos anillo, pequeños y grandes, y después los lanzaron como si fueran aros alrededor de las estrellas. Después, los abandonaron a su suerte y se extinguieron.

Aproximadamente un billón de años después, nosotros comenzamos a recogerlos. Exploramos el espacio en busca de las firmas ocluidas de mundos anillo huérfanos y sin

estrellas. Colocamos propulsores en sus extremos ocultos y los lanzamos por toda la galaxia a velocidades lentísimas, a minúsculas fracciones de la velocidad de la luz. Debe hacerse con cuidado, pues existe el riesgo de que las estructuras se rompan en un trillón de relucientes fragmentos. Los mundos anillo son tremendamente fuertes, pero no son indestructibles. En todo caso, son brillantes, muy brillantes. De hecho, no existe nada más brillante en el universo conocido. La superficie interior de espejos lo refleja todo, incluidos los neutrinos que atravesarían sin mayor dificultad cincuenta años luz de plomo.

Para colocar una presa alrededor de una estrella, para contenerla por completo, sería necesario construir una esfera de Dyson. Los humanos pueden rodear una estrella con un enjambre de cuerpos, una nube de Dyson, pero no podemos forjar una esfera. En lugar de ello, hacemos lo más parecido, que es rodear una estrella de miles de anillos mundo, todos de un tamaño parecido, aunque no hay dos que tengan el mismo diámetro. Creamos un disco y comenzamos a inclinarlo hasta que cada uno de los mundos anillo que rodean la estrella está en un ángulo único. La luz de la estrella recorre los huecos entre los mundos anillo, de un lado a otro, hasta que los mundos asumen su orientación definitiva. De ese modo encerramos perfectamente la mortal estrella.

Y entonces, de repente, ya no hay estrella, tan solo una esfera oscura. Dentro de la coraza, las energías de la estrella moribunda son contenidas, aunque rebotan ferozmente de un lado a otro de esas superficies reflectoras hasta que, fotón a fotón, se filtran lentamente al espacio en una intensidad inofensiva.

Es un proceso de inconcebible duración. Si la presa estelar se colapsa antes de que la mayor parte de esa energía contenida haya podido disiparse, los resultados serían más desastrosos que la explosión que la presa supuestamente debía contener.

Exageré cuando dije que habíamos salvado la civilización local, pero eso no quiere decir que no hubiera un problema con la presa estelar. Uno de sus propulsores, los motores que mantienen bajo control los mundos anillo, había comenzado a fallar. Una franja con forma de ojo se había abierto en la presa, permitiendo que la feroz luz escapase.

Me enviaron a reparar ese fallo. Después de la última reunión, un nuevo propulsor viajó por el espacio junto a la Dalliance como un cachorrillo leal. Ahora tenía en mi poder la cadena de esferas de bronce enlazadas conocida como abridor de un único uso, un dispositivo diseñado para esa presa estelar en concreto que permitía ajustes limitados de sus mecanismos anidados. Antes de visitar a los Centauros desplegué el abridor, que se convirtió en polvo reluciente tras emitir su pulso de gravitones, e instalé el nuevo propulsor. Tras algunos días el ojo se cerró y la presa quedó sellada de nuevo.

Nuestro trabajo aquí había terminado. Purslane creyó que lo más decente sería marcharse sin ponerse en contacto con los Centauros, sin solicitar su gratitud.

Tenía razón, sin duda alguna.

—Hicieron bien en elegir la presa estelar—dijo Purslane, sin duda consciente de que estaba hablando con el lejano descendiente de una de las criaturas con las que el clan hizo negocios hace tanto tiempo—. Pero también tienen motivos para expresar su decepción por el hecho de que se produjera la avería. Los defraudamos.

El señor Nebuly golpeó el suelo suavemente con una de sus pezuñas.

—No ha sido para tanto.

—A pesar de todo, quiero ofrecerles las disculpas del clan, y la garantía de que no permitiremos que nada semejante vuelva a ocurrir.—Purslane no trataba de ocultar que ella misma era, igual que yo, del clan Gentian. Aunque el clan no veía con buenos ojos

la confraternización durante los viajes, nuestros anfitriones eran reputados por su discreción—. Entretanto —continuó—, si hay algo más que el clan Gentican pueda hacer por su civilización, me alegrará hablar de ello en nuestra próxima reunión. Han sido unos espléndidos anfitriones, no merecíamos tantas atenciones. Los preparativos que hicieron por nuestro invitado, el doctor Meninx...

—Hablando del rey de Roma —dije, cogiendo unos prismáticos de la mesa.

—¿Es él? —preguntó el señor Nebuly.

—El mismo.

—Está viajando en un artilugio de lo más curioso. ¿Qué son esas cosas circulares de los costados, que no dejan de girar?

—Ruedas —dijo Purslane.

—Es su máquina de baño —dije.

La máquina de baño era un romboide negro cubierto de óxido colocado sobre cuatro trenes de aterrizaje independientes. Había surgido por detrás de mi nave y descendido la rampa de carga, y ahora se aproximaba a la costa pesada, laboriosamente, expulsando humo, desde la zona de aterrizaje, a través de los edificios bajos con contraventanas de la perezosa ciudad costera, hasta llegar al hormigón agrietado del paseo junto a la playa. Desplegó una rampa que daba al mar, cruzó la arena y se sumergió en el agua hasta que las ruedas quedaron ocultas bajo el mar. En el frontal del artefacto, una única puerta plegada sobre el techo permitía que el agua entrara dentro.

El mar era de un azul oscuro, parecido al color de la tinta, y estaba repleto de microorganismos. La espuma de las olas era de color rosa y cereza cuando se derramaba sobre las arenas blancas. Miré con los prismáticos el portón de la máquina, esperando poder ver al doctor Meninx en el momento en que se sumergiera en el mar. Pero lo único que vi fue una silueta con anteojos que se perdió en las aguas antes de que pudiera contemplarlo con detalle. La puerta se cerró y la máquina de baño salió del agua lentamente.

—¿Puedo preguntarle cómo fue que entablaron amistad con un espécimen tan poco corriente, shatterling? Hacía mucho que no nos topábamos con alguien semejante al doctor Meninx... varios cientos de miles de años, como poco.

—No es cosa mía, me temo. Me lo impusieron.

—Suena como si fuera un castigo.

—Lo es. El resto de mi clan quería que demostrara que puedo asumir responsabilidades, y me asignaron un invitado algo complicado.

—Campion tuvo mala suerte, señor Nebuly —dijo Purslane—. Gromwell, otro shatterling, apareció en nuestra última reunión con el doctor Meninx como invitado. A esas alturas, Gromwell estaba ya impaciente por deshacerse de él. Fue entonces cuando Campion añadió una hebra que curiosamente incluía una visita a la Vigilancia.

—Usted ya lo sabe todo sobre la Vigilancia —dije.

El señor Nebuly miró al cielo, en dirección aproximada a la Ausencia. Llevaba un traje de rayas ceñido que llegaba hasta el lugar en que su torso humano se unía sin fisuras con el pelaje pardo de su cuerpo de caballo.

—Sé algunas cosas, shatterling. Aunque eso no quiere decir que hayamos tenido contacto directo con ellos.

Purslane dio un sorbo a su copa.

—La cosa es que el objetivo del doctor Meninx era llegar a la Vigilancia. Aparte de ser un deslegitimador acérrimo, le gusta pensar que es un estudioso de la historia remota.

—Y así es como *Campion* conoció al doctor —dijo el señor *Nebuly*.

—Además de supervisar la presa estelar, me pidieron que acompañara al doctor *Meninx* a la *Vigilancia* y que usara mis contactos allí para conseguirle privilegios de académico. Acceso sin restricciones a los archivos, ese tipo de cosas. No les gustan demasiado los *Deslegitimadores*, y mucho menos los acuáticos, pero supusieron que yo sería capaz de hacerles cambiar de opinión.

El señor *Nebuly* flexionó su torso para mirar de nuevo hacia el mar, y una expresión pensativa apareció en su rostro.

—¿Debo inferir que no tuvo usted el éxito deseado en esa empresa, *shatterling*?

—No, no, aún estoy en ello —dije—. Dado que esta era la última oportunidad de que el doctor se pudiera dar un baño antes de la *Vigilancia*, no quiso desaprovecharla. Yo también quiero darle las gracias por hacer los preparativos necesarios, por cierto.

El centauro agitó una mano con un ademán de desdén en dirección a la resplandeciente barrera del horizonte, más allá de la cual la nave de *Purslane*, demasiado grande para tomar tierra, flotaba como una tiznada luna plateada.

—No fue nada. No hay grandes depredadores en este océano, pero creímos adecuado establecer una barrera a lo largo de la bahía para que su invitado estuviese más tranquilo. Solo espero que lográramos ajustar la salinidad de acuerdo a sus gustos.

La conversación cesó por unos instantes. El señor *Nebuly* no se había acercado a nuestra mesa para pasar el rato. Estaba aquí para decirme qué valor otorgaba a lo que yo le había ofrecido en venta. Mucho dependía de su oferta, aunque yo me esforzaba tanto como podía por no hacérselo saber.

—Le agradezco que nos permitiera inspeccionar su tesoro —dijo el señor *Nebuly*.

Asentí alentadoramente; *Purslane* esbozó una sonrisa tensa y diplomática.

—Espero que encontrara en él algo de su interés.

—Encontré muchas cosas de interés. Han viajado ustedes muy lejos, intercambiado información con otros viajeros y amasado una gran cantidad de conocimientos, muchos de ellos francamente valiosos. Ha sido un privilegio poder echar un vistazo a sus bancos de datos.

—¿Y encontró usted algo que quiera comprar?

El señor *Nebuly* agitó incómodo sus pezuñas con herraduras.

—Encontré muchas cosas, *shatterling*, pero tengo que confesar que muchas de las que pueden ofrecerme no tienen un valor intrínseco para mí, a pesar de su rareza. Si hubieran llegado hace veinte kiloños, quizá las cosas hubieran sido diferentes. Pero solo han pasado once desde que nos visitó un *shatterling* del clan *Gentian*, y solo dos desde que un *marcellin* estuvo en nuestro espacio aéreo.

—Esos *marcellins* están por todas partes —dijo *Purslane* en voz baja.

—Las cosas que le interesaron...

—Tengo una lista aquí —dijo el centauro, al tiempo que sacaba del bolsillo de su traje un cuadrado de tejido del tamaño de un pañuelo. Lo abrió y lo agrandó hasta que ocupó el ancho de la mesa. Lo dejó flotando en el aire, donde osciló en la brisa. Constaba de una serie de columnas tabuladas, en la variante escrita de la *Lengua*.

El clan *Gentian* conocía a los Centauros desde hacía más de ocho circuitos. Eran la decimotercera forma de vida humana en este sistema, y habían surgido de las ruinas de la civilización que les precedió.

Eran los dueños de este sistema y del puñado de mundos que contenía, pero nunca se habían aventurado más allá del cinturón de cometas que lo rodeaba. Su mundo principal

era un planeta panthallasaico y superoceánico sumergido en agua, con una espesa atmósfera azul que contenía oxígeno fotodesvinculado. Los Paisajistas habían atenuado esa atmósfera y la habían hecho menos corrosiva, habían lanzado masas flotantes de tierra firme al mar que rodeaba el planeta y habían desperdigado multitud de organismos resistentes y pelágicos en ese estéril océano. La gravedad del planeta nunca había sido ajustada, y por eso los Centauros habían adquirido su forma actual, que les permitía aferrarse con mayor firmeza a la superficie de su mundo. Recordaban vagamente sus orígenes, que era más de lo que podía decirse de la mayoría de postemergentes. Según la previsión estadística del Actuario Universal, tenían muchas posibilidades de perdurar durante al menos uno o dos millones de años más, siempre que sus ambiciones siguieran siendo modestas. A la larga, la mejor estrategia para lograr la longevidad cultural era aislarse en un único sistema o convertirse en algo parecido a los clanes, totalmente desvinculados de la vida planetaria. El expansionismo funcionaba durante algún tiempo, pero en último término resultaba inútil. Aunque, desde luego, eso no evitaba que los nuevos emergentes lo siguieran intentando, incluso cuando tenían más de seis millones de años de historia sobre los que reflexionar.

La rueda nunca dejaba de girar, en una interminable procesión de imperios. Los Centauros habían sido lo bastante inteligentes como para no subirse a ese carro.

—Como pueden ver —dijo el señor Nebuly—, nuestras ofertas son muy razonables.

—Sus términos son muy generosos —dije—. Pero esperaba que quisiera pujar por algunos de los elementos del tesoro.

—Ojalá eso fuera posible. Por desgracia no tendría mucho sentido que pujáramos por datos que ya poseemos.

—¿Está totalmente seguro de que no podemos llegar a un acuerdo?

—Somos naturalmente generosos, *shatterling*, pero deben existir límites. Consideramos que estos términos son justos. Es una lástima que su tesoro no contenga algo más de valor para nosotros, pero eso no impide que nos puedan visitar ustedes otra vez, cuando tengan algo nuevo que ofrecernos. —El centauro hizo una pausa; tres de sus pezuñas se asentaban firmemente en el suelo, mientras que la cuarta, la trasera izquierda, apoyaba únicamente la puntera en el suelo—. ¿Quieren estar un rato a solas para discutir nuestra oferta?

—Si no le importa.

—Enseguida vuelvo. ¿Quieren un poco más de vino?

—No, gracias —dije, levantando una mano.

El señor Nebuly se giró y se marchó al trote por la carretera curvada que quedaba cerca de nuestra mesa. A lo lejos se veía a otros dos Centauros, vestidos con uniformes rojos, que lucían los emblemas de algún gremio de ciudadanos.

El señor Nebuly se unió a sus compatriotas y nos contempló pacientemente.

—No hay nada que hacer —dije, sin importarme si mis palabras eran interceptadas. Purslane dio el último sorbo a su copa de vino.

—Podría ser peor. Está dispuesto a ofrecerte algo.

—Nada que cambie las cosas. —Aparcadas en órbita alrededor del mundo de los Centauros había varias naves de segunda mano, la mayoría de ellas a la venta. Si a Nebuly le hubieran interesado algunos de los datos de mi tesoro, me habría hecho una oferta que bastara para comprar una de ellas. Con una nave más rápida, podría haber cumplido la promesa que le hice al doctor Meninx y llegar a la reunión solo un poco más tarde de lo previsto—. Supongo que podría esperar por si cambia de opinión.

—Tendría que cambiarla radicalmente. Podría doblar su oferta y aun así no serías capaz de comprar ni una cuarta parte de una de esas naves. Lo único que podemos hacer a estas alturas es aceptar el dinero de Nebuly. No puedes cambiar la Dalliance por otra nave, pero quizá puedas mejorar algunos de sus sistemas.

—Eso no hará que sea más rápida.

—Si fuera tú, preferiría hacerla más segura. Si rechazas su oferta, quizá nunca volvamos por aquí. Podríamos haber ido directamente a la Vigilancia y nos habríamos librado al menos del cara-pep.

Fue como si el doctor Meninx hubiera oído a Purslane, puesto que inmediatamente después de que hablara el motor de la máquina del doctor rugió y comenzó a introducirse de nuevo lentamente en el mar, mientras nubes de humo surgían de los alerones traseros. La miré mientras la puerta se abría y la máquina se llenaba de agua. Pensé en mirar por los prismáticos de nuevo, pero mi curiosidad se había desvanecido. La silueta con anteojos se elevó sobre una ola por un instante y después desapareció en el interior de la máquina. La puerta se cerró y la máquina comenzó a arrastrarse de nuevo hacia la costa.

—Hay otra posibilidad —dije en voz baja.

Purslane me miró con estudiado escepticismo.

—Siempre la hay, cuando tú estás por medio.

—Antes de aterrizar eché un vistazo a los sistemas cercanos, por si el señor Nebuly no resultaba ser lo que yo esperaba. A menos de cien años luz de aquí, y más o menos de camino a casa, hay un lugar llamado Nelumbium. Según el tesoro...

—Según el tesoro. ¿Dónde he oído eso antes?

—Escúchame. Se supone que hay una entidad, un posthumano llamado Ateshga. Se supone que tiene naves, muchas más que Nebuly, y no creo que sus precios sean tan altos.

—¿Por qué no fuimos allí primero?

—La entrada del tesoro no está tan actualizada como me gustaría, así que la cosa no está tan clara.

—No está tan clara. También he oído eso antes.

—Además, nos habría alejado aún más de la Vigilancia. Si hubiéramos ido directamente a Nelumbium, no habría habido posibilidad de librarnos del doctor Meninx.

—Si el tesoro no está actualizado, ¿cómo sabemos siquiera que Ateshga sigue estando allí?

—Ejecuté el Actuario. El pronóstico no tiene mala pinta.

Purslane se recostó en su silla de mimbre y me miró con esos ojos desaparejados del clan Gentian.

—De modo que lo que estás proponiendo es ir a la Vigilancia, llevar allí al doctor y después ir a ver a Ateshga.

—En realidad no. Lo que estoy proponiendo es no ir a la Vigilancia en absoluto.

Purslane frunció el ceño.

—¿Y dejar aquí al doctor?

—Eso será cosa suya. Si quiere, lo llevaré de vuelta al mundo de la reunión.

—No creo que eso le guste.

—No le gusta nada. ¿No te habías dado cuenta?

Una figura delgada caminaba por la arena desde la máquina de baño. A medida que se acercaba, ascendiendo los peldaños desiguales que llevaban a la carretera, se vio claramente que se trataba de una silueta de un arlequín cortada en papel adornada con diamantes. La figura bidimensional, que resistía la brisa tan eficazmente como si tuviera tres dimensiones, era un avatar humanoide del doctor Meninx. En el mismo momento

en que el avatar se aproximaba, Nebuly abandonó la reunión de Centauros y echó a trotar de nuevo en nuestra dirección. Llegó antes que la silueta, que aún se encontraba a unos cien metros de distancia.

—¿Puedo yo suponer que ha llegado por fin a una decisión, honorable shatterling? —preguntó.

—Me temo que voy a tener que rechazar su oferta —dije—. No digo que sus términos no sean generosos, pero tengo que ser realista. Creo que puedo conseguir un trato mejor por mi tesoro en otro lugar.

—Si está pensando en Ateshga, debo prevenirle. Tiene muy mala reputación.

Me aparté unos granos de arena de los ojos.

—Ateshga... ¿quién es?

—Es tan solo una advertencia, shatterling... Es cosa suya si decide hacerme caso o no. —Se alisó con las manos la parte delantera de su traje de rayas—. Bueno, lamento que no llegáramos a un acuerdo, pero eso no evitará que nos despedamos como amigos. Nos alegra que hayan visitado nuestro mundo y espero que su estancia aquí haya sido agradable.

—Lo ha sido —dijo Purslane—. Han sido unos anfitriones excelentes, señor Nebuly. No dude que hablaré muy bien de ustedes al resto del clan.

—Es muy amable por su parte. —Se dio media vuelta para saludar al avatar, que se aproximaba ya, y dobló su torso humano a modo de reverencia—. Ha sido un baño muy rápido, doctor. Espero que fuera de su agrado.

—No —dijo el avatar con su voz aguda y silbante—. El baño no ha sido nada satisfactorio, y por eso lo interrumpí en cuanto tuve oportunidad. Había cosas en el agua... cosas oscuras, que se movían, y que confundían mi sónar. Además, la temperatura y salinidad no eran del todo de mi agrado. —El rostro de papel se inclinó en mi dirección—. Se me dio a entender que usted había comunicado mis necesidades a las autoridades relevantes, Campion.

Me removí en mi asiento. Le había dicho a los Centauros qué necesitaba el doctor, y sin duda ellos habían hecho todo lo posible por cumplir sus requisitos. Nada era lo bastante bueno para el doctor Meninx, sin embargo. Ningún esfuerzo le parecía suficiente.

—Lo lamento —dije—. Debí de confundirme con las cifras. Es culpa mía, me temo.

—Culparé a quien me venga en gana —dijo el avatar—. Tenía tantas ganas de darme un baño... Pero ya no tiene remedio. Pronto me despediré de este terrible mundo y continuaré mi odisea hacia la Vigilancia. Quizás allí sepan cómo tratar a los invitados.

—Estoy seguro de que el señor Nebuly hizo todo lo que estuvo en su mano —dije.

—Sí, es probable que lo hiciera —dijo el avatar como si nuestro anfitrión no estuviera presente.

El momento que había estado temiendo desde que el señor Nebuly anunció su veredicto al respecto de mi tesoro había llegado al fin. Ya no podía posponerlo más, aunque en ese instante lo único que me habría gustado hacer era caminar hacia el mar y nadar hasta llegar a ese reluciente horizonte, donde, dependiendo de la eficacia con que hubiera sido levantada, la barrera me hubiera disuadido, repelido, aturdido, herido o sencillamente aniquilado.

—Doctor Meninx —dije, tras un profundo y vigorizante suspiro—, hay algo de lo que tenemos que hablar.

Sería un error afirmar que *Campion* era perezoso, puesto que *Abigail* se tomó muchas molestias para asegurarse de que no quedara ni un rastro de pereza en nuestras personalidades. Pero, desde luego, *Campion* era un tergiversador de primera. No se limitaba a dejar las cosas para el día siguiente, sino que las posponía para decenas de kiloaños más adelante, hasta que sus demoras y evasivas consumían importantes fracciones de un circuito. Su lema podría haber sido: ¿Por qué hacer hoy lo que puedes hacer dentro de doscientos años?

Se había salido con la suya durante treinta y un circuitos. Pero este asunto del doctor *Meninx* iba a equilibrar toda su buena suerte, sin duda. *Campion* solía bromear al respecto de la censura y la excomunión, como si quisiera inmunizarse a sí mismo ante esas posibilidades. Pero lo cierto es que la tolerancia del clan respecto a sus payasadas llevaba varios circuitos menguando peligrosamente, y por eso le habían endosado al doctor *Meninx*. *Campion* debería haber cumplido esa obligación antes de nada, en lugar de correr de estrella a estrella con el doctor aún a bordo.

El viaje desde el sistema de los Centauros hasta *Nelumbium* era corto, apenas noventa años de vuelo en tiempo planetario, pero aun así era necesario utilizar algún sistema de letargo. *Campion* prefería la estasis; yo, por mi parte, me inclinaba por la congelación, lo que *Campion* no terminaba de comprender. En cuanto el criófago me liberó, solicité información que hubiesen recogido los sensores de la *Alas Plateadas*, y dejando aparte un susurro de energías residuales, que indicaba únicamente que una nave había pasado por este sistema en algún momento de los últimos siglos, no encontré ninguna evidencia de que alguien estuviera viviendo por allí.

Ni rastro de *Ateshga*, ni de naves.

Después de analizar los datos de la *Alas Plateadas*, crucé hasta la *Dalliance* y me dirigí al puente, donde *Campion* y el doctor *Meninx* ya me aguardaban. *Campion* estaba sentado, reclinado en uno de los sillones, mientras que el avatar estaba de pie cerca de él. Ambos contemplaban el gigantesco muro iluminado del visor. Aunque no oía lo que decían, la acústica del puente era tal que supe que estaban manteniendo una conversación en voz baja, algo tensa quizá, y que de cuando en cuando se pronunciaban palabras en tono irritable o defensivo.

Sabía perfectamente de qué estaban hablando.

La mayor parte del visor la ocupaba una imagen de la Vía Láctea basada en los conocimientos del tesoro de las condiciones reales. Las espirales estaban trazadas con etéreos filamentos amarillos y blancos, ocres y tenues, y un naranja ladrillo; las estrellas individuales eran demasiado numerosas para distinguirse por separado, discernibles únicamente por grupos y cúmulos. Las únicas estrellas que se percibían como entidades autónomas eran las más brillantes: supergigantes en el final de su fase que se convertían lentamente en supernovas, o quizá jóvenes estrellas de fase Tauri, que destacaban de las espirales de estrellas por sus tonos azules y rojos.

El disco principal, excluyendo la banda exterior del anillo de Monoceros, tenía noventa mil años luz de largo. Había mundos habitados tanto en el mismo núcleo como en las extremidades más exteriores de los brazos espirales, pero la mayor densidad de población humana se concentraba en la densa banda que formaba la denominada zona de habitabilidad, la región donde los planetas exigían una menor adaptación para hacerlos aptos para vivir. Siempre que se mantuviera dentro de la zona, una nave podía circunnavegar la galaxia en doscientos kiloaños y aún le quedaría tiempo para detenerse en un centenar de sistemas por el camino. Era lo que llamábamos un circuito, el intervalo de doscientos kiloaños que transcurría entre reuniones del clan Gentian.

El mundo de la última reunión fue un planeta situado en el interior de la extremidad del brazo espiral Norma. Desde entonces habíamos viajado en el sentido de las agujas del reloj, describiendo un círculo que cruzaba la Burbuja Local, pasando a menos de mil años luz del Viejo Lugar, y después a través de los brazos de Sagitario, Escudo-Cruz y Perseo, antes de regresar al otro extremo del brazo de Escudo-Cruz. Una ondulante línea roja marcaba nuestro avance. El mundo panthalassico de los Centauros se encontraba en Escudo-Cruz, y la distancia que habíamos recorrido desde entonces era diminuta respecto a las gigantescas dimensiones de la espiral, insuficiente incluso para salir del brazo en que nos encontrábamos. Marcada en una línea roja quebrada estaba la distancia que aún debíamos recorrer para llegar a la reunión: era de menos de mil años luz en dirección del brazo de Sagitario.

En términos del circuito, estábamos a punto de volver a casa. Y sin embargo, en lo que respectaba a nuestra puntualidad, podría haberse tratado de diez mil años luz, o incluso noventa mil.

Íbamos a llegar tarde, muy tarde, y eso no eran precisamente buenas noticias.

—Vaya, si es la encantadora Purslane —dijo el doctor Meninx, y en su voz había un ligero matiz de indignación—. Prestará oído a mis quejas aunque usted, Champion, elija no hacerlo. ¿Verdad, Purslane?

—No lo sé, doctor Meninx. ¿Cuáles son exactamente sus quejas?

—¿Realmente tengo que explicárselo? —dijo el avatar elevando un flácido brazo de papiroflexia en dirección al visor—. Una vez más, Champion me ha decepcionado. No solo no ha conseguido llevarme a la Vigilancia, no solo trató de dejarme en manos de esos apuestos y groseros hombres caballo con sus asquerosas costumbres corporales, no solo se quedó mirando mientras casi me ahogo en su aborrecible mar infestado de desechos, sino que ahora se atreve a decirme que ni siquiera voy a regresar a la reunión a tiempo de que me encomienden al cuidado de alguien más responsable.

—No he dicho eso —respondió Champion con el tono de alguien que parecía haber renunciado a todo debate—. Lo único que he dicho es que quizá lleguemos un poco tarde.

—Y esa reunión... ¿Acaso la demorarán hasta que haya llegado usted? —El tono del avatar era casi agresivo—. ¿Es eso lo que está diciéndome?

—No puedo garantizar nada. Si Ateshga está aquí, y si acepta reemplazar mi nave, quizá no lleguemos tan tarde.

Caminé hacia el estrecho pasaje que conectaba la parte principal del puente con la plataforma circular donde Champion y el doctor Meninx aguardaban.

—¿Y dónde cree que se encuentra?

—No lo sé, quizá esté escondiéndose —dijo Champion.

El doctor Meninx perdió la paciencia.

—Escondiéndose, claro. Una práctica empresarial muy habitual, que adoptan comerciantes de toda la galaxia.

Sonreí.

—Al menos las vistas son buenas.

El mundo de Ateshga, que aparecía debajo del mapa de la galaxia, era un planeta francamente notable, un gigante de merengue rodeado por un collar de anillos azucarados, tejidos y entrelazados por las fuerzas resonantes de una docena de lunas glaseadas y confitadas. Estábamos cruzando la eclíptica, de modo que los anillos estaban inclinándose lentamente y al hacerlo mostraban su espléndida belleza. Sin duda era uno de los mundos más gloriosos que había visto nunca, y había visto unos cuantos.

Pero no habíamos venido hasta aquí para contemplar un pintoresco planeta, aunque fuera uno realmente espectacular.

—¿Has captado algo nuevo? —preguntó Champion.

Lo besé y después me senté en uno de los sillones vacíos.

—Había algunos rastros de actividad tecnológica, pero nada excepcional. Quizás pasó por aquí una nave y dejó ese rastro, o quizá simplemente estoy recogiendo una filtración de una red privada de otro clan. Al parecer no tenemos ningún nodo funcional en este sistema.

—Me aseguraré de que lo tengamos. Es el tipo de cosa capaz de apaciguar a Fescue.

—Me temo que hará falta algo más que eso.

—Por lo visto, si él llega tarde, no importa demasiado.

Me llevé un dedo a la sien, que comenzaba a latir.

—No empecemos con Fescue.

—Tuvimos que esperar en estado de letargo hasta que se dignó en llegar. ¿Durante cuánto? Siete, ocho kiloños por lo menos. Y nadie le dijo nada.

—Eso es porque los Renovadores lo invitaron a presenciar un Alumbramiento. No podía marcharse hasta que terminara, como ya sabes. Tu situación es muy distinta.

—Eso es, hurga en la herida.

—Quizás debería ocuparse de mí Purslane —dijo el doctor Meninx—. De ese modo quizá logre llegar a la reunión antes de que termine.

—Sabe, no es mala idea. ¿Por qué no os marcháis, y ya os alcanzaré yo cuando pueda?

—Eso no va a pasar —dije, mirando al avatar a modo de disculpa—. Lo siento, doctor Meninx, pero no puedo dejar a Champion aquí.

—Habrá repercusiones.

—Y sigue siendo usted mi invitado —dijo Champion.

—Por desgracia.

—Sin duda. ¿Y no sería una tragedia si algo le ocurriera antes de la reunión? Algo extraño y misterioso, como una avería repentina del depósito de reactivos. Toda precaución es poca, sabe, ese aparato tiene el aspecto de algo que debería estar ya en un

museo de los horrores de la Hora Dorada. No me extrañaría que sufriese una avería en cualquier momento.

La figura de papel frunció su ceño bidimensional.

—¿Me está amenazando, shatterling?

—Claro que no. Solo pienso en voz alta.

Las cosas podrían haberse puesto muy feas si la Dalliance no hubiera elegido ese momento para interrumpirnos con una comunicación. Alguien, o algo, estaba enviando señales a nuestras dos naves. Un vehículo había emergido de la atmósfera del gigante, cerca de las voluptuosas bandas coloreadas de su ecuador: un vehículo que había permanecido oculto hasta ese momento, pero que ahora parecía impaciente por anunciar su presencia.

—Y pensar que dudó usted de mí —dijo Champion.

La otra nave tenía un aspecto algo pasado de moda, lo que resultaba tranquilizador: era un ejemplo del diseño sólido y fiable propio de la Undécima Intercesión. Todo eran ángulos rectos y superficies oscuras, como si fuera una especie de montón de carbón gigantesco tallado hasta darle la forma de una punta de flecha. Seguía enviándonos señales, que consistían en una única transmisión en la Lengua repetida sin cesar. No había necesidad de responder: el mensaje simplemente nos indicaba que deceleráramos en nuestra trayectoria transelíptica y aguardáramos nuevas instrucciones.

La nave describió una curva alrededor del sistema de anillos sin penetrarlo y se detuvo en seco en el marco de referencia local delimitado por la Dalliance y la Alas Plateadas de la Mañana. La nave de Champion era un romboide *art déco*; la mía, un cisne cromado sin cabeza de alas curvadas y elevadas como si estuviera en pleno cortejo.

—¿Y ahora qué? —pregunté.

—Esperaremos. Ateshga, sea quien sea, probablemente lleva mucho tiempo sin recibir visitas. No creo que le preocupe hacernos esperar un poco más.

Me llevé un dedo a la sien. Había sentido un estremecimiento, una sensación extraña.

—La Alas Plateadas ha sido inspeccionada con sensores de gran profundidad.

—Atáquenlo enseguida —gritó el doctor Meninx—. ¿A qué esperan? Atáquenlo enseguida.

—La Dalliance está solicitando permiso para mostrar un imago —dijo Champion.

—Adelante —dije.

Una figura encapuchada apareció ante nosotros, con la translucidez justa para dejar claro que se trataba de una proyección, y no de una presencia física. La imagen parpadeaba ligeramente. Su voz, profunda, grave y sonora, había sido modulada para sonar como si hubiera pasado por un aparato de transmisión primitivo.

—Digan qué les trae aquí, Dalliance y Alas Plateadas de la Mañana. —La figura hablaba una variante de la Lengua, lo más parecido a un idioma universal para los viajeros interestelares.

—Estoy buscando a alguien llamado Ateshga —dijo Champion, usando trans, la lengua privada de la Ciudadanía de Clanes, confiando en que la Dalliance tradujera su mensaje a la Lengua. Podía hablar la Lengua tan bien como yo, pero prefería que la nave hiciese todo el trabajo sucio.

—Se lo preguntaré de nuevo: ¿Qué buscan aquí? ¿Por qué han venido a este sistema?

—Necesitamos una nueva nave —respondió Champion—. Tengo entendido que aquí podemos encontrar una.

La figura que estaba ante nosotros llevaba una capucha de un material rojo oscuro, adornada con cables cromados que trataban de imitar sistemas de circuitos antiguos. Tenía las manos entrelazadas, aunque estaban en gran parte ocultas tras voluminosas mangas. Bajo la capucha, ningún rasgo de su rostro era visible.

—¿Una nave? —preguntó, como si fuera la última cosa en el mundo que Campion debería estar buscando—. ¿Para qué quiere una nave, viajero?

—La mía está un poco vieja.

Tuve la sensación de que algo me miraba desde debajo de la capucha, algo de discernimiento sobrehumano.

—¿Ve muchas naves por aquí, viajero?

—A primera vista, no, la verdad.

—En ese caso, da la impresión de que se ha equivocado de lugar, ¿no cree?

—Salvo que mi tesoro indica lo contrario —dijo Campion—. Si no hubiera aparecido usted, quizá pudiera haberlo atribuido a datos erróneos, pero su presencia es demasiada coincidencia. Estoy hablando con Ateshga, ¿no es cierto?

—¿Y qué dice su tesoro de ese tal Ateshga?

—Muy poco. Se dice que sus precios son justos, y al parecer dispone de una enorme flota de naves usadas. Pero, si vende naves, no hay nada más que deba saber.

Las magas retrocedieron y mostraron unas muñecas blancas y delgadas y unos dedos blancos aún más delgados con unas llamativas uñas de obsidiana. Las manos se alzaron y echaron la capucha atrás. El rostro de Ateshga era una máscara fantasmagórica: su piel blanca y vaporosa se aferraba holgadamente a un cráneo de mejillas caídas. Sus ojos estaban hundidos en unas cuencas oscuras. Sus dientes eran pedazos desiguales de cristal rojo como la sangre, y se unían a sus encías en ángulos irregulares.

—Quizás tenga algunas naves.

Campion me miró antes de responder.

—¿Podemos verlas?

—Síganme. Les mostraré lo que puedo ofrecerles.

—No me fío de ese hombre —dijo el doctor Meninx—. Insisto en que nos marchemos de inmediato.

Recordé entonces la advertencia del señor Nebuly. Fue como toquetear una muela con caries.

—Campion —dije—, quizá deberíamos reconsiderar...

La nave de Ateshga retrocedió y aceleró hacia el gigante gaseoso. Partículas exóticas relucieron tras ella cuando el aturdido y torturado espaciotiempo recuperó su tensión habitual. Las estrellas y un extremo del sistema de anillos se emborronaron, como si de repente los contempláramos a través de agua hirviendo.

—Vamos allá —dijo Campion.

En el último instante posible, la nave de Ateshga giró sobre sí misma, creando un blindaje para protegerse de la atmósfera, y se zambulló en el mar de nubes. El blindaje de la Dalliance no era tan eficaz, de modo que experimentamos un ligero zarandeo cuando se incrementaron las fuerzas aerodinámicas. Purslane hizo una mueca y murmuró algo respecto a que deberíamos haber usado su nave. La Alas Plateadas aguardaba en órbita, controlando nuestro descenso.

Ateshga nos sumergió un centenar de kilómetros en las nubes, desactivando su motor paramétrico y usando un sistema de ondas de campo secuenciadas para desplazarse por la atmósfera. Era un truco que la Dalliance llevaba unos diez mil años sin ser capaz de hacer. Pasé de la pseudopropulsión a la propulsión completa.

Sobre nosotros, el cielo se había iluminado gradualmente hasta adoptar un color azul pastel que rompían las franjas blancas de los cirros. Se veían un par de lunas en fase creciente, pero los anillos estaban ocultos. Bajo nosotros, oleadas de puntas de flecha ocres se abrían paso a través de una neblina color mostaza que se abría aquí y allá mostrando nubes y reactivos químicos y, más abajo, fosas vertiginosas de cientos de kilómetros de profundidad.

—Creo que Ateshga nos está llevando de paseo —dijo Purslane.

—Veamos adónde quiere llevarnos.

Ateshga se adentró aún más profundamente. La Dalliance protestó ante el aumento de la presión, y los sistemas de blindaje se esforzaron al máximo para mantener en pie la burbuja protectora, pero yo ya la había hecho pasar por cosas peores, y confiaba en que lo soportara. Purslane se había sentado en la silla situada junto a la mía; los dos nos protegíamos con los cintos de seguridad de los bruscos movimientos y aceleraciones de la nave mientras esta seguía sumergiéndose.

Atravesamos las franjas de nubes ocres, y al hacerlo, tras la nave, dejábamos un rastro de tormentas eléctricas. Por unos instantes nos perdimos en la neblina mostaza, y no tuvimos sensación alguna de avance. Después llegamos a una bolsa de aire limpio, adornada por la penumbra plateada de la luz solar que se abría paso a través de las interminables capas de nubes.

Fue entonces cuando vimos la colección de naves que Ateshga tenía a la venta.

—Dime que no estoy viendo lo que creo que estoy viendo —dijo Purslane.

—Ojalá pudiera.

—Había más naves alrededor del mundo de los Centauros.

—Les advertí que no se fiaran de este hombre —dijo el doctor Meninx—. Estaba claro desde el principio que estábamos tratando con un charlatán que no podía ofrecernos nada más que basura de segunda mano.

Había doce naves.

Estaban suspendidas en la atmósfera, y cada una flotaba en una burbuja blindada flotante. Las naves tenían distintas dimensiones; algunas eran de tamaño similar a la Dalliance, de cinco o seis kilómetros de longitud, y otras eran naves de tamaño medio, parecidas a la Alas Plateadas de la Mañana, de veinte a treinta kilómetros. Había una de cincuenta kilómetros de largo; sus relucientes manchas rojas y blancas indicaban que se trataba de una nave aguja de los Redentores. Era impresionante, pero la mayor parte de la nave la ocupaba el equipo encargado de generar campos, y apenas quedarían unos pocos metros cúbicos de espacio habitable en algún punto cerca de su centro.

Casi tan grande, y mucho más impresionante, era la esfera dorada de complejas pautas impresas de una nave lunar del Segundo Imperio. Era hueca, con aberturas en ambos polos. Dentro de una nave lunar había espacio para albergar a mil millones de almas, o el tesoro de mil mundos. Pero las naves lunares eran objetivos tentadores para viajeros poco escrupulosos y no me convenía estar constantemente mirando por encima del hombro.

La nave más pequeña de Ateshga, por su parte, era un cilindro alargado de veintidós mil metros de largo aparentemente tallada a partir de mármol jaspeado en turquesa. Su diseño sombrío y su casco sencillo indicaban que se trataba de un artefacto Margravine. Suponiendo que se encontrara en buen estado, nos habría proporcionado una aceleración espléndida y una velocidad de crucero muy alta. Sin embargo, las modificaciones mentales que hubiera tenido que sufrir para sobrevivir en esa nave, por no hablar de hacerla funcionar, eran del tipo que prohibían expresamente las normas del clan.

Eso dejaba otras nueve naves, y la mayoría de ellas las descarté de un vistazo. Demasiado viejas, demasiado lentas, demasiado vulnerables, o sencillamente hubiera resultado demasiado difícil conseguir recambios cuando algún componente no regenerativo se averiara. Un vehículo Rimrunner parecía ofrecer algunas posibilidades; por ejemplo, era bastante más rápido que la Dalliance, pero después me fijé en el revelador encrespamiento en el borde de su burbuja de flotación, que indicaba que sus sistemas de blindaje se aproximaban al término de su vida útil. Una nave cráneo de cinco kilómetros de largo de la Cofradía Canopus me tentó brevemente, hasta que recordé que esas naves tenían una merecida reputación de asesinar a sus ocupantes. Un trimarán de la Comunidad Perpetua tenía un cierto valor por su novedad, pero los largueros de campo que unían los tres cascos entre sí imponían un umbral de aceleración muy bajo a la nave. Llegar a los sitios con rapidez nunca había sido una prioridad de la Comunidad Perpetua, que llegó a imaginar que su imperio permanecería inalterable durante millones de años.

Y esa, por desgracia, era la colección de naves de Ateshga. Doce reliquias, y ni una sola se aproximaba a lo que estaba buscando.

—Tómese su tiempo —me dijo el imago de Ateshga—. Puede inspeccionarlas tanto como desee. Si me permite la osadía... ¿cuánto pensaba gastar?

—No tiene importancia, Ateshga. Me temo que no me interesa ninguna de estas naves.

—No se precipite, viajero. Hay mucho de lo que podemos hablar. Ni siquiera sé qué civilización lo ha enviado, y ya nos disponemos a despedirnos. —Después, alzó la cabeza y la inclinó a un lado, como si acabara de ocurrírsele una idea—. Si ninguna de estas naves le agrada, quizá aún podamos llegar a un acuerdo, ¿no cree? Puedo venderle un motor o un generador de campo de recambio. Quizás una suite de armas o sensores.

—¿Y va a arrancárselo a una de esas antiguallas?

—Claro que no. Tengo una modesta colección de piezas de recambio dentro de la nave lunar. Todas son de primera calidad. —Entrelazó las manos de nuevo e hizo una leve reverencia. El rostro blanquecino esbozó una sonrisa incitadora—. ¿Por qué no me dice qué tiene usted a la venta, y después echamos un vistazo a los almacenes?

Purslane se inclinó hacia mí y susurró:

—No lo tengo claro. Has venido en busca de una nueva nave, no piezas de recambio. ¿No crees que deberías ceñirte a ese plan?

—Veamos qué es lo que tiene —dije—. Quizás podamos sacar algo en limpio de todo esto.

—¿Viajero?

—No voy a abrir mi tesoro hasta que sepamos que tiene algo que merezca la pena —le dije al imago—. Pero puedo darle una idea de lo que hay en él. Epopeyas sensoriales de la guerra de la Burbuja Local, ninguna de las cuales sigue en circulación actualmente. Documentos técnicos y apéndices de los Mecánicos. Siete explicaciones consistentemente lógicas de la Ausencia. Mi relato de un viaje a la Vigilancia, y del tiempo que pasé dentro del sistema digestivo de uno de los conservadores. Un mapa de los mundos del Emporio, antes de la migración forzada. ¿Qué le parece, algo de su interés?

—Sin duda —dijo Ateshga—. Por favor, acompáñeme a la nave lunar. Estoy seguro de que la encontrará muy interesante. ¿Está familiarizado con las reliquias del Segundo Imperio?

—He oído hablar de ellas.

—Entonces no debe dejar escapar esta oportunidad. Vamos, se lo mostraré.

La nave de Ateshga tocó y después penetró la burbuja de blindaje de la nave lunar, y al encontrarse ambos campos apareció un amplio círculo de energía blancoazulada. Una vez dentro de la burbuja, apagó su generador y se colocó sobre el polo norte. La superficie de la nave, hermosamente decorada, se curvó hacia abajo, hacia el polo, y pareció como si esa decoración fluyera hacia la superficie interior. Aunque resulta difícil asegurar que así fuera, nunca había estado tan cerca de una nave lunar.

La nave de Ateshga apenas cabía en la entrada del polo norte. Solo debía de haber unos pocos cientos de metros de espacio libre a ambos lados de la apertura de diez kilómetros de ancho cuando su vehículo entró. Lo seguí sin problemas y me detuve tras su nave. Una luz dorada se derramó sobre nosotros, desde todas direcciones. Un enorme número de objetos de distintos tamaños y formas flotaba a nuestro alrededor, bañados en ese opulento resplandor.

—¿Ve algo que le guste? —preguntó Ateshga—. Allí, a su izquierda, tiene el motor de un pastor de nubes Forger. A su derecha, módulos de armamento Sycorax. Están un poco usados, pero siguen en perfecto estado.

Iba a responderle, a decirle que necesitaba algún tiempo para echar un vistazo, pero que confiaba en encontrar algo de mi agrado, cuando su nave se desvaneció.

—Todo esto me pareció una mala idea desde el principio —dijo Purslane.

El imago de Ateshga también se había desvanecido: estábamos solos en el puente. Intenté hacer que la Dalliance avanzara, pero cuando la nave intentó moverse captó niveles inaceptables de tensión y entró en estado de emergencia.

—Estamos atrapados.

—Me he fijado —dijo Purslane.

La miré con una sonrisa deliberadamente exagerada.

—¿Tienes alguna sugerencia constructiva, más allá de decir que no estaríamos en este lío si hubiéramos usado tu nave?

—Si es así como el clan Gentian se ocupa de sus invitados, odiaría ser su prisionero —dijo el doctor Meninx.

—No querrá saber lo que les hacemos a los prisioneros —dije—. Esperad un momento. Voy a llevarla al muro.

El motor rugió, y después rugió más sonoramente. Nos gritaba, aunque de hecho el motor guardaba silencio, incluso en su estado de máximo rendimiento. Los sonidos se debían a viejas grabaciones que se transmitían por todo el puente. A Purslane nunca le había gustado ese toque melodramático, pero creo que incluso ella dio las gracias por recibir alguna indicación de que el motor estaba haciendo todo cuanto podía.

Pero no era suficiente. La nave comenzó a temblar, y la consola me indicó que el motor estaba a punto de atravesar el casco y salir por el otro lado.

Le ordené a la nave que cesara en su empeño. El rugido del motor se convirtió en un ronroneo, y después en un silencio resentido y reprobatorio.

Tras un largo silencio, dije:

—¿Ateshga? ¿Me está escuchando?

—No va a responder —dijo Purslane—. Ya tiene lo que quería: tu nave y todo lo que contiene.

—Exijo que se abra paso a tiros —dijo el doctor Meninx.

Purslane se giró hacia él.

—Estamos en una nave lunar, atrapados en un campo de fuerza. Le sugiero que reflexione acerca de las posibles consecuencias de utilizar armas en esta situación.

El avatar no dijo nada, pero la miró con un gesto infantil de resentimiento, como si Purslane fuera de algún modo responsable de que nos encontráramos en esa situación.

—¿Te importa que hable con él? —preguntó Purslane.

—Adelante, si crees que te contestará...

Purslane se acercó a la consola.

—¿Ateshga? Soy Purslane, propietaria de la Alas Plateadas de la Mañana. Espero que estés escuchando, porque lo que voy a decirte es muy importante. Tuve dudas sobre esto desde el momento en que surgiste de la atmósfera. Tantas que lo último que hice antes de permitir que Champion me arrastrara a esta trampa fue enviar una orden a mi nave. Si no recibe noticias mías en un plazo de tiempo que no pienso revelar, la Alas Plateadas se alejará de este sistema a una aceleración de emergencia.

La miré con una expresión en mi rostro que indicaba que esperaba sinceramente que estuviera diciendo la verdad. Conociendo a Purslane, era bastante probable.

—¿Quieres que te diga qué otra orden le di a mi nave, Ateshga? —continuó Purslane—. Enviaré un mensaje detallado a la red privada del clan Gentian. Sí, tanto Champion como yo somos shatterlings. Seguro que ni se te ocurrió, ¿verdad? Si hubiera sido así, no hubieras preguntado de qué civilización proveníamos.

Tras un momento, la figura de Ateshga reapareció.

—Cualquiera podría asegurar lo mismo.

—Pero soy yo quien lo está haciendo, y soy del clan Gentian. Deberías haber estado más alerta, Ateshga. Viste dos naves y pensaste: no pueden ser shatterlings, porque los shatterlings siempre viajan solos. Y la mayor parte de las veces es así. Pero Campion y yo no somos shatterlings ordinarios. Somos consortes. Eso significa que viajamos como pareja y que estás metido en un buen lío.

—No me habéis dado motivos para creer que seáis del clan Gentian.

—Estoy a punto de hacerlo. Entretanto, quiero que pienses en lo que significa tenernos como enemigos. Quizás ya no haya un millar de nosotros como antes, pero aún somos ochocientos ocho, sin incluirnos a nosotros dos. Eso son ochocientos ocho personas con las que no quieres enemistarte. Enemigos que no solo conocen la ubicación de tu sistema, sino que además tienen acceso a algunas de las armas más terribles jamás inventadas.

—Las amenazas no significan nada sin pruebas.

—Lo sé, y por eso el clan se ha tomado tantas molestias en que cualquiera de sus miembros demuestre su identidad. Sé por los datos del tesoro de Campion que una shatterling gentian visitó este sistema hace tan solo unos cientos de miles de años. Esa shatterling, cuyo nombre era Mimulus, reveló su identidad ante ti con una contraseña que había dejado un miembro anterior del clan. Cuando se marchó, Mimulus te entregó otra contraseña, una palabra que ella misma había elegido, y que después registró en su red privada. Dado que ningún shatterling te ha visitado desde entonces, esa contraseña sigue siendo válida. —Purslane suspiró dramáticamente—. Esa palabra es «passacaglia».

Hubo un silencio. La figura encapuchada flotó sobre nosotros, con su rostro congelado en una expresión inescrutable. Esa era únicamente la forma que elegía adoptar para tender sus trampas. Quizás su aspecto real fuera similar, o quizá fuera tan solo un intelecto del tamaño de una ciudad flotando por encima del océano de hidrógeno líquido situado bajo las nubes más bajas.

—Podrías haber memorizado esa contraseña —contestó—. Podrías haber capturado e interrogado a un shatterling gentian, o interceptado su red privada.

—O podríamos ser exactamente quienes decimos ser —dijo Purslane.

Al fin una sombra de duda apareció en la máscara.

—Quizás ha habido un pequeño malentendido.

—Algo más que eso, Ateshga. La cuestión es: ¿qué vas a hacer al respecto?

La Dalliance se inclinó levemente cuando el campo se activó de nuevo. Inicié con cautela el motor; temía que nada hubiera cambiado, pero pudimos movernos. Sobrevolé el polo sur de la nave lunar y emergimos de nuevo a la burbuja de vacío que rodeaba la gigantesca nave. Después, reactivé mi blindaje antes de salir de nuevo a la esponjosa atmósfera joviana.

—Estamos esperando —dijo Purslane.

—¿Qué os parece un generoso descuento para empezar?

—Hará falta algo más que un descuento. Quizás una nave de regalo sirva para arreglar las cosas.

—Pero no hay ninguna... —comencé a decir.

Purslane me hizo callar.

—Entonces hablaremos de la gente de esas naves, de la tripulación y los pasajeros.

—¿La gente? —preguntó Ateshga.

—Seré muy clara. Si tengo la sensación de que no me estás diciendo toda la verdad, por infundada que sea esa sensación, enviaré una orden a mi nave para que alerte al clan de inmediato.

Ateshga esbozó una sonrisa nerviosa.

—Solo quería asegurarme de haberte entendido bien, shatterling.

—Entonces, hablemos claro. Había gente en esas naves. Quizás los hayas matado, pero me inclino a pensar que los has mantenido con vida o al menos en estado de animación suspendida. No te habría costado nada, y siempre tendrías la posibilidad de venderlos más adelante. Las civilizaciones pagarían mucho dinero por mentes repletas de antiguos recuerdos.

—¿De cuánta gente estamos hablando? —pregunté.

—Los traté bien —dijo Ateshga.

—Déjanos verlos y demuéstralo —dijo Purslane—. Hazlos salir, a tantos como puedas.

—Eso me llevará cierto tiempo.

—No tenemos ninguna prisa. Cuando acabes con ellos, podremos hablar del resto de naves.

—¿El resto de naves?

—Te acabo de decir que no quería tener la sensación de que me ocultas algo...

—Claro. El resto de naves. A eso iba.

—¿Qué otras naves? —susurré.

—Ya veremos —respondió también entre susurros Purslane.

Llevó algún tiempo, y supongo que Purslane ya imaginaba que así sería, pero creo que Ateshga no podría haberlo hecho más rápidamente aunque hubiera querido. La gente estaba almacenada en solitario, algunos en grupos de dos o tres y algunos en grupos más numerosos. Cada unidad, albergara tan solo a un integrante o a un centenar, consistía en una coraza independiente blindada energéticamente y equipada con mecanismos de animación suspendida y un pequeño sistema generador de burbujas de blindaje; no lo bastante grande para rodear una nave pero sí para proteger una cápsula de durmientes.

Las unidades flotaron en la atmósfera tras ser liberadas del vientre de la nave lunar, y formaron una nube de vítreas baratijas, cada una de ellas de un color diferente y con una perla distinta en su interior. Algunas de las unidades eran muy antiguas, mientras que otras tenían un diseño que me resultaba totalmente desconocido.

Me recordaron a las canicas de la sala de juegos de la casa familiar en la Hora Dorada.

—¿Hay algún miembro del clan aquí? —pregunté.

—¿Del clan Gentian, honorable shatterling? No que yo sepa.

—¿Y de otros clanes? ¿Has embaucado a alguien más?

—Puede que haya miembros de otros clanes: Chancellor, Tremaine, Parison y Zoril entre ellos... aunque, claro está, no puedo asegurar cuál es su procedencia.

Me estremecí al pensar en el sorprendente botín que estaba a punto de recibir. La liberación de miembros de otros clanes, shatterlings que quizá ya eran considerados bajas de guerra, aumentaría el prestigio de los gentian enormemente.

—Que los miembros de los clanes, y los que creas que pueden ser miembros de ellos, sean trasladados a mi nave. Habrá espacio si las burbujas protectoras se desactivan en cuanto entren en la Dalliance.

—¿Y los demás? —dijo Purslane—. ¿De qué estamos hablando? ¿Nacientes? ¿Viajeros perdidos de culturas olvidadas?

La voz de Ateshga vaciló, como si estuviera a punto de revelar una terrible verdad.

—En su mayor parte.

—Esto es lo que vas a hacer —dije—. Mete a todos los subliminales en una nave lo bastante grande, con suficientes equipos de animación suspendida para que permanezcan en ese estado hasta que lleguen a algún sitio. Después, manda marchar a la nave y prográmala para detenerse en sistemas prometedores hasta que todos encuentren un lugar para vivir. Estaremos vigilando esa nave.

—Por supuesto, por supuesto —aceptó Ateshga, como si todo eso fuera perfectamente razonable.

—Ahora veamos las otras naves —dije.

Purslane alzó un dedo.

—Espera un momento. ¿Quién nos queda, Ateshga? Dejando aparte a los clanes y a las culturas perdidas, ¿quién nos queda? Y recuerda lo que dije sobre las consecuencias de no contar toda la verdad.

Detecté una intensa vacilación en la voz de Ateshga.

—Hay uno. Lleva a mi cuidado bastante tiempo.

—Te escuchamos.

—Su nombre es Hesperus. Es un emisario de los Mecánicos.

Negué con la cabeza, sorprendido.

—¿Atrapaste y tomaste prisionero a un miembro de los Mecánicos y sigues con vida?

—Fue un error. Hesperus fingía ser un viajero biológico para poder viajar sin obstáculos. Si hubiera conocido su verdadera naturaleza, nunca lo habría detenido. Naturalmente, una vez anuncié mis intenciones, no tuve más remedio que seguir adelante. No podía dejar que Hesperus regresara a casa.

—Porque temes a los Mecánicos incluso más de lo que temes a los clanes —dijo Purslane—. Y con razón. No nos quieres como enemigos, pero si ofendes a los Mecánicos... Eso es casi impensable.

—Has estado jugando con fuego —dije—. Ahora, entrégnos a Hesperus, antes de que empeores aún más las cosas.